

## Capítulo VII<sup>1</sup>

### SOBRE EL CLIMA Y LA ENFERMEDAD. PANAMÁ, GUAYAQUIL, PERÚ Y CHILE

PARA LOS QUE SE PROPONEN CRUZAR EL ISTMO DE PANAMÁ o visitar las costas del Pacífico, puede ser interesante conocer hasta cierto punto la influencia de determinados climas y el tipo de enfermedades que probablemente puedan experimentar en los principales puertos comerciales, particularmente al sur del Ecuador. En este capítulo, el autor ofrece algunas indicaciones generales sobre tales temas, ya que uno de sus proyectos contempla la publicación, de una guía práctica de las enfermedades del Perú, descritas según se manifiestan a diferentes altitudes en el diversificado clima del país.

Las estaciones en Panamá se dividen en húmeda y seca: la estación lluviosa se inicia hacia finales de mayo y continúa hasta noviembre; y de noviembre a junio o hasta las postrimerías de mayo, se extiende la estación seca. En Panamá, las tercianas, las fiebres, los malestares gástricos y biliares son comunes en la estación lluviosa, pero muy rara vez se ha sabido que la fiebre amarilla o *vómito negro* haya pasado la barrera montañosa que separa el Atlántico del Pacífico. En Cruces, el viajero puede disfrutar de un clima mejor y más sano durante los meses húmedos e insalubres (en que quizá el termómetro nunca baja a menos de 90 °F [32°2'C]) que en Panamá o en Chagres.

---

1. En el libro publicado en inglés este capítulo lleva el número XVII (N. de la T.).

Al norte del istmo, a lo largo de las costas de América central y México, hasta por lo menos el trópico septentrional, el clima se considera *malsano* o sumamente insalubre, un hecho bien conocido para aquellos que comercian con Realejo, San Blas y Mazatlán, donde predomina una fiebre ondulante muy peligrosa.

Al sur del istmo, en las costas de Colombia, a unos 2° latitud sur, encontramos el puerto y la ciudad de Guayaquil, de importancia comercial muy conocida. Aquí, durante la estación lluviosa, cuando se advierte un sofocante y opresivo aire, el clima es considerado insalubre; sin embargo, en la estación seca, Guayaquil no es considerado particularmente malsano. La lluvia se inicia con ligeros aguaceros en diciembre; en febrero es muy fuerte; y en abril se va desvaneciendo. De mayo a diciembre es la estación seca.

La estación lluviosa, por ser la más cálida, sería considerada verano naturalmente, pero aquí, como en otras partes de lluvias estacionales o periódicas, la estación húmeda es llamada *invierno*, y la seca *verano*; no obstante, este último es más fresco que el primero y permite que uno lleve ropa más abrigada que la que sería agradable en los meses lluviosos.

En la estación lluviosa, el termómetro sube a 90 o 96 °F (32.2° C o 35.3° C), pero durante la estación seca, va de 65 a 85 °F (18.3° C a 29.4° C), siendo 65 °F (18.3° C) por la noche y superando, rara vez, 80 °F (26.6° C), aunque a veces llega a 85 °F (29.4° C) durante el día. La lluvia cae usualmente por la tarde o en la noche, rara vez en la mañana, cuando a menudo el sol es tan fuerte que seca casi por completo los estanques y las calles antes de que la lluvia vespertina caiga de nuevo. Al estar cubiertas con tejas y provistas de galerías, las casas están bastante protegidas del sol y la lluvia. La llanura que se extiende entre la montaña y el mar, de unas diez o doce leguas hacia dentro, está llena de árboles, y la cruzan aquí y allá algunos riachuelos que los nativos llaman *esteros* o lagos, aludiendo, posiblemente, a su apariencia durante la estación de lluvias, cuando, llenas de cocodrilos, inundan los bellos prados que las rodean, de modo que el término “río” solo se aplica para distinguirlo al gran río navegable de la ciudad, que está tan influenciado por la marea, al menos en la estación seca, como para tener un gusto bastante salobre. Aquí, los nativos se bañan todo el año, una

práctica —creemos— que contribuye no poco a la salud general y al porte agradable y majestuoso de las damas guayaquileñas, las que, según dicen, gustan más de la ciudad y la comodidad de sus hamacas que del aire del campo y del ejercicio. Las calles de Guayaquil, remojadas por la lluvia, quedan contaminadas por la falta de higiene, los insectos pululan por todas partes y las emanaciones vegetales y animales vician la atmósfera; abundan la malaria, las fiebres, las disenterías y varios malestares gástricos atacan a los habitantes, especialmente al visitante imprudente, que, confiado en su juventud y fuerzas, y sin considerar que la diferencia de clima exige un cambio correspondiente de estilo de vida, persiste en los mismos hábitos en todas las latitudes por las que pasa de una zona templada a otra.

En condiciones húmedas y cálidas, tales como las de Guayaquil, rodeada por ríos, estanques, lagos y una vegetación exuberante, el calor atmosférico puede causar enfermedades, no solamente fomentando la producción de miasmas, sino aumentando la irritabilidad de los órganos del cuerpo, de modo que predispone a graves ataques de enfermedad. La afección de la piel, conocida vulgarmente con el nombre de “calor picoso”, muy probablemente surge de una transpiración abundante al residir en Guayaquil, y se debe evitar todo exceso en la secreción cuticular empleando una vestimenta adecuada y estilo de vida y ejercicio corporal moderados, etc. La práctica opuesta, de fomentar el sudor calentando las bebidas tiene un mal efecto, tanto moral como físico: físicamente, produce, tarde o temprano, enfermedades gástricas y hepáticas; moralmente, proporciona un pretexto y excusas para ingerir bebidas alcohólicas, y el resultado es una constitución maltrecha y una mente dañada en sus más nobles facultades. Desde otro punto de vista, sin suponer que las fiebres, llamadas pútridas en las costas del Pacífico, emanen por la falta de una cantidad adecuada de ingredientes salinos en la sangre, no es improbable que, cuando la transpiración es excesiva y continúa así por demasiado tiempo, pueda en realidad eliminar de la circulación más cantidad de porciones salinas de lo que resulta compatible con un buen estado de salud. A veces hemos observado que los caballos, cuando se les hace trabajar mucho en un día caluroso por las llanuras arenosas del Perú, yacen exhaustos y abrumados por un sudor excesivo y el esfuerzo físico y, al permitirseles refrescarse, luego de ser

desensillados, parece que los pobres animales estuvieran cubiertos por una escarcha gris, debido a la cantidad de materia salina que queda de los fluidos transpirados y evaporados.

Sin embargo, cuando la circulación de la sangre aumenta en exceso, tal como ocurre al elevarse la presión atmosférica, la transpiración moderada es un proceso de refrescamiento, necesario para el funcionamiento natural del sistema; aunque, al mismo tiempo, el vigor muscular se vuelve muy tenue. Con frecuencia, las funciones del estómago languidecen, pues el relajamiento de la piel ha sido grande y demasiado persistente; pero, mientras el apetito disminuye, el flujo de la bilis es capaz de crecer, y los intestinos, a menudo, pierden regularidad: a veces se vuelven demasiado laxos e irritables, y otras, tórpidos y estreñidos.

Asimismo, cuando los intestinos están flojos debido a un exceso de bilis, la piel se seca (esto ocurre durante meses seguidos); mientras que en otros casos, expuestos a los mismos cambios de clima, la piel siempre permanece suave, la secreción de los riñones es escasa, y los intestinos parecen carecer de su acostumbrada humedad, y se vuelven lentos, como si estuvieran privados de energía muscular para una actividad saludable. Sin embargo, al trasladarse de un clima frío a uno cálido y húmedo, es común que ocurra una alteración y aumento muy notables en ambas secreciones: la biliar y la cutánea del hígado y de la piel. Por tanto, hay que prestar atención a la condición de los intestinos, muy particularmente en todos los grandes cambios de clima; porque de la indebida acumulación en los conductos intestinales durante un clima cálido y bochornoso, puede causar irritación, fiebre y un desorden bilioso en los intestinos, que si no se trata o se cura mal derivará en una disentería mortal.

Luego de presentar en el primer capítulo del primer volumen de esta obra una descripción minuciosa del clima de la costa peruana, ahora será suficiente agregar que en la frontera norte, aunque bordea la verde región de la república ecuatoriana, el aire de la costa del Perú es menos húmedo que en su frontera meridional, donde se une al desierto de Atacama.

La peculiar sequedad de la provincia de Piura no se explica por el hecho de que esta parte de la costa se encuentra mucho más alejada de

los Andes; pues, de Piura solo tenemos que pasar el río Tumbes, para que, como ya se ha mencionado, el aspecto de la naturaleza cambie bastante. Así, podemos observar que las llanuras de Guayaquil, aun en sus zonas más bajas y marítimas muy lejanas de los macizos montañosos del interior, durante la estación húmeda, quedan inundadas por las lluvias, mientras que Paita, el puerto marítimo de Piura (como nos ha informado un natural de estas partes, nuestro ilustrado y amigo don Santiago Távara) permanece, durante años seguidos, a veces diez o doce, sin un aguacero que le dé vida a una sola brizna de hierba.

También en Trujillo, capital de una provincia peruana, situada en la costa en 8°8' latitud sur, el aire es mucho más seco que en Lima o Callao a 12°2' latitud sur. Trujillo está cerca de altos cerros que corren paralelos a la costa y Huanchaco, su puerto marítimo, está situado al pie del elevado cerro Campana. Pero, para no detenernos en particularidades, señalamos, como enunciado general, la existencia de una progresiva disminución de la humedad atmosférica, desde el desierto de Atacama hasta el desembarcadero de Pizarro, en las riveras del Tumbes, desde el trópico meridional hasta casi la línea ecuatorial.

Esta diferencia en el estado del aire parece influir de modo muy importante en el carácter de varias enfermedades, tales como las fiebres intermitentes o *tercianas*. Dichos padecimientos, en la costa norte del Perú, o la que es llamada *costa de abajo*, y, particularmente, la seca provincia de Piura, son de tipo más suave que en la costa de los departamentos costeños del sur del Perú, conocidos con el nombre de *los intermedios*.

La población india de Piura es una raza robusta y saludable de personas, propensos naturalmente a la corpulencia, y, efectivamente, los indios del Perú en general tienen una constitución dispuesta a una rotundidad de forma definida, que solo requeriría sosiego y una buena y generosa dieta para llegar a su completo desarrollo, por ello, aquellos que poseen los rasgos más marcados serían *tan gordos como caciques*. Se dice que la mayoría de las enfermedades crónicas ocurren porque, en los primeros momentos de la afección, dejan todo en manos de la naturaleza. De este modo, enfermedades como la tisis, la disentería, las *tercianas* o fiebres palúdicas y el tifus mitior son endémicas entre estos

provincianos norteños.<sup>2</sup> El mismo tipo de males, aunque varía según la intensidad de los síntomas presentes, se encuentra en los valles litorales de la costa, y entre la lista de las enfermedades prevalecientes en Lima y otras partes, las obstrucción de las vísceras, la hemorragia intestinal, las alteraciones cardíacas y el asma, merecen particular atención. También hay una serie de erupciones cutáneas y enfermedades nerviosas que ocurren con frecuencia, sobre cuya índole y cura no es nuestra intención abundar ahora.

En la tuberculosis, una enfermedad común en sus diversas formas en la costa del Perú, la destrucción y la ulceración progresiva de una porción de los pulmones, trae como consecuencia una interrupción del adecuado funcionamiento pulmonar, acompañada del aumento nocturno de la fiebre y la transpiración excesiva. Pero, incluso en esta avanzada etapa de la enfermedad, se descubre que produce un gran alivio y prolonga la vida el cambio de aires de la costa por los de las montañas o de los valles templados de la sierra.

La expectoración de sangre de los pulmones parece, en la mayoría de casos, depender de la presencia de tisis pulmonar o de una tendencia constitutiva inherente a esta enfermedad; y cualquier excitación accidental, tal como la del frío o una exposición indebida a las vicisitudes atmosféricas, puede apresurar un fin fatal en los casos de hemorragia pulmonar. En particular, se sabe que durante la lactancia, la mujer puede expectorar sangre y, si esto no se cura a tiempo, puede provocar una tuberculosis pulmonar.

Curiosamente, en los climas cálidos de la costa, el frío desencadena la mayoría de enfermedades que se presentan (catarro, tisis, malestares intestinales, reumatismo e incluso las fiebres ondulantes e intermitentes), además, creemos que la influencia funesta de la malaria

---

2. Durante el periodo lluvioso, aquellos que, por casualidad, han estado en Paita, han advertido que en tales ocasiones el suelo emite un olor sofocante y opresivo. Ello probablemente se debe a la cantidad de materia animal y vegetal que, durante una larga temporada de clima seco, se acumula y se deja secar bajo el sol, que la lluvia disuelve parcialmente y el aire circundante absorbe. Valdría la pena comprobar, mediante una cuidadosa observación, si el tifus de Piura se acrecienta en la estación lluviosa. Nunca hemos escuchado que es contagioso.

casi no sería experimentada tantas veces, si su actividad en el desarrollo de la fiebre no fuera ayudada por cierta dificultad para la transpiración, o lo que los nativos llaman *resfrío*.

En las haciendas de caña de azúcar de Cañete, y otras partes de la costa, la población esclava, aunque trabaja en los húmedos cañaverales, no es tan susceptible al paludismo como la población blanca o india. Una razón para esta diferencia parece ser que las glándulas sebáceas de las razas oscuras, y especialmente la negra, mantienen la piel lisa y suave al suministrarle una materia untuosa o aceitosa, de un olor bastante ofensivo, pero admirablemente adecuado para protegerlas de los malos efectos de vicisitudes atmosféricas.

Como las superficies negras irradian el calor mejor que las de tinte más claro, podría suponerse que el cuerpo del negro estaría demasiado frío una vez expuesto al aire nocturno; sin embargo, los negros de la costa del Perú duermen a la intemperie con frecuencia, sin que se interrumpa la acción saludable del sistema dérmico. Este es un hecho que estamos dispuestos a atribuir a los protectores efectos de la exudación viscosa, porque todas las materias oleaginosas constituyen malos conductores e impiden la excesiva irradiación del interior, y la comunicación demasiado rápida de calor externo; y por tanto, con esta untuosidad de la piel del negro y el zambo, la naturaleza proporciona un remedio frente a los extremos de frío o calor en circunstancias ordinarias.

De este modo, sabemos que las franelas o paños de lana, por ser malos conductores, al usarse para cubrir la piel son muy apreciables para preservar una circulación regular, y, por tanto, la salud en general, particularmente para los europeos de piel fina y poco aceitosa cuando están sometidos a la influencia de los climas tropicales.

Durante los meses calurosos de enero y febrero, en la costa del Perú, aumenta la irritabilidad de todo el sistema y, de forma particular, la de la membrana mucosa de los tubos alimenticios; y el cólera morbo se vuelve una enfermedad muy común, para la que el remedio habitual es el hielo o el agua con hielo.

El privilegio de vender hielo en la capital pertenece al Gobierno, que, usualmente, lo arrienda por el periodo de dos años al mejor postor. El empresario o arrendatario traslada el hielo en mulas desde las montañas nevadas más cercanas a las afueras de Lima, y está obligado

a tener siempre a mano una cantidad suficiente para el abastecimiento de la capital y estar listo a expendirlo a toda hora, día y noche. En la forma de *frescos* o bebidas frías, todos consumen hielo en el cálido clima veraniego y se considera no meramente un lujo o un remedio, sino una necesidad de la vida, indispensable para la debida preservación de la salud pública.

La facilidad de obtener hielo hace del cólera morbo una enfermedad de fácil cura, según la práctica popular de los nativos. En la primera etapa de esta enfermedad ingieren diluyentes, tales como agua tibia, linaza o malva, con o sin un poco de sabor de crema de tártaro o tamarindos, y continúan suministrando estas bebidas simples hasta que consideran que el paciente ha vomitado o expulsado lo suficiente, es decir, hasta que todos los elementos indigestos hayan sido arrojados, y los intestinos estén limpios. Entonces le dan agua con hielo, lo cual produce un poderoso efecto sedante.

La frialdad mortuoria del paciente no impide al médico vulgar ni al profesional (quien a veces mezcla bebidas frías con opiáceos) aplicar este remedio con seguridad y la consecuencia general del uso del hielo y del agua con hielo para esta temible dolencia es que el periodo de frialdad externa se acorta por la rápida desaparición del calor interno; así se detiene con rapidez el curso agotador de la enfermedad.

Con este tratamiento ordinario pero satisfactorio y bien establecido del cólera morbo en Lima, donde la enfermedad es endémica, aunque más prevaleciente en los meses calurosos, desaparecen los vómitos, eructos y calambres. La reacción es tan suave y favorable que nunca requiere la jeringa, y la recuperación casi siempre es segura; sin embargo, de tiempo en tiempo, aparecen casos tan graves que adoptan el aspecto del que es llamado cólera asiático, durante el cual, como lo dijo un médico del lugar, el paciente presenta la horrible imagen de la muerte.

En Ica y varios otros puntos hacia el sur, donde abundan los viñedos, se observa que, en la época de la vendimia, la ingesta de las uvas sin control con un estómago vacío constituye una de las causas más frecuentes de disentería. Dicha enfermedad es más fatal y horrorosa en las costas del Pacífico que el cólera morbo. Sin embargo, es gratificante saber que para la variedad de disentería que predomina comúnmente,

el plan de tratamiento con calomelano y opio es, sin duda, el más seguro; además se aplica eficientemente en Lima y en el resto del país.

Moquegua, que está situada hacia el interior de las montañas que se ubican detrás del puerto marítimo de Ilo, además de su vino y sus uvas, es famosa por sus disenterías y graves tercianas; pero Tacna, por otra parte, a unas seis leguas de la costa desde el puerto de Arica, es tan saludable que funciona como lugar de recreo para la gente del puerto durante la terciana o estación de las fiebres palúdicas, padecimientos que ocurren en toda la costa alrededor del equinoccio vernal y, sobre todo, en el otoño.

Se considera que la salubridad por la que se destaca Tacna se debe, en parte, a su cercanía con frío de las montañas (pues el paso nevado de la Cordillera que va hacia el Alto Perú, está a unas cuatro horas a caballo de la ciudad), y, además, al buen llano seco situado entre dicha ciudad y el mar, al que solo le falta el agua para hacerse rico para la producción agrícola.<sup>3</sup> Dicha sequedad, evita, a diferencia de otras regiones costeras, que proliferen la malaria. En sus alrededores, el algodón crece espontáneamente, y las mujeres nativas lo recogen, y hacen hilo de él por medio del *huso*, exactamente como hemos podido observar que se hace en algunos de los valles cálidos del interior donde abunda el algodón nativo. Curiosamente, un capullo cortado de un algodón en la cercanía de Arica o Tacna, que se colgó en la cabina de un barco mercante británico, preservó su frescura en la navegación rodeando el cabo de Hornos y se abrió más o menos a mitad de camino entre el Perú e Inglaterra.

Toda la costa del Alto Perú —llamado hoy Bolivia— es árida y desértica, tanto así que el famoso presidente Santa Cruz, —quien en gran perjuicio de Arica,<sup>4</sup> nombró a Cobija puerto franco para la introducción

- 
3. El valle de Nazca, aunque está situado en medio de un extenso desierto, tiene una producción abundante de vinos, etc. debido a los acueductos subterráneos construidos por los aborígenes. De ese modo, los antiguos peruanos volvieron fértiles la mayoría de las llanuras áridas y dejaron monumentos de industria agrícola en la costa no menos notables que los cultivos en los andenes en la sierra.
  4. Este fue el puerto donde la plata de las minas de Potosí solía embarcarse en los galeones del tesoro españoles.

de mercancías— descubrió que no se podía llegar a obtener un suministro de agua buena ni perforando pozos en lo más hondo de las arenas de Cobija.<sup>5</sup> A menudo, por falta de agua y alfalfa, las mulas del interior de Bolivia morían en el puerto marítimo de Cobija, pues en este lugar no existe vegetación. La poca agua que se obtiene es salobre, como la del *pozo* en el gran castillo del Callao,<sup>6</sup> la cual se ha comprobado que produce siempre trastornos intestinales a los soldados, quienes se han visto obligados a beberla durante los sitios que la fortaleza ha sufrido. Lo mismo se ha observado en Cobija, y, por tanto, hay botes que se mantienen allí con el propósito de traer agua desde Paquiza y otros lugares lejanos lo que la convierte en un elemento caro de primera necesidad.

En diversas partes de la costa del Perú, el agua, incluso para uso doméstico, es muy escasa; y en la estación seca se cavan pozos en el lecho de los ríos resecos o en otros lugares en las proximidades de las tierras irrigadas. En Puerto Bermejo y Casma, entre 9 y 10° latitud sur, los pilotos españoles de cabotaje nos han dicho que, dondequiera que uno cave a unos diez o doce pasos del mar, con seguridad se encuentra agua a una profundidad de media braza que no es muy salobre. Los pozos o aljibes, sin embargo, abiertos de este modo en distintas partes de la costa, suelen permanecer resecos como en Lima (donde son bastante comunes) durante la estación seca, que es la época en que son más necesarios.

En el norte del Perú, la práctica de cavar pozos en el lecho de los ríos es muy común, y tal es la escasez de agua fresca en el puerto de Paita que se lleva a la ciudad con mulas desde una distancia de varias leguas. Pero, por el contrario, en el puerto marítimo de Arica, en el sur del Perú, se encuentra agua buena por doquier, y a dos leguas de este puerto, se ubica el bello valle de Asapa con abundantes viñedos, olivares, alfalfares, maizales, etc., que ofrece un suministro más adecuado

---

5. En lo que se consideraba el oasis de Cobija, rara vez el agua fresca se filtra entre las rocas. Por ello, un inteligente navegante, que conoce bien estas costas, nos informó que toma toda la noche llenar un pequeño cuenco colocado bajo la preciosa gota, gracias a la cual crecen dos palmeras, la única vegetación que se ve en las costas de Bolivia.

6. Esta fortaleza fue posteriormente desmantelada por orden del general Orbegoso.

y copioso de provisiones frescas para la navegación que Paita o Cobija. Tales hechos son apreciables no solo desde el punto de vista económico sino también médico; ya que de la calidad del agua, así como de las condiciones atmosféricas, depende, en cualquier situación determinada, la salud de los habitantes. Por ello, en Arequipa, cuyo antiguo puerto marítimo era Quilca y ahora lo es Islay, se dice que el agua del río contiene algunas sales en solución que lo hacen completamente insalubre hasta que se hierve; además, se sabe que esto constituye una de las causas de la disentería: enfermedad prevaleciente en esa ciudad.

Los campesinos que viajan con asnos entre Bolivia y Chile a través del desierto de Atacama, arman sus tiendas en el día para evitar el extremo calor del sol que se refleja en la arena ardiente, y prosiguen su marcha por la noche, llevando con ellos el agua y las provisiones necesarias para el viaje. Y debe subrayarse que los soldados, enviados por orden del general Salaverry a invadir Cobija, tuvieron que marchar desde el lugar donde desembarcaron en Iquique por arenas desérticas como esta, cuando bajo el mando del valiente jefe Quiroga tomaron por sorpresa el puerto de Bolivia. Estas marchas por el litoral usualmente son el destino de la infantería india y estos resistentes nativos de la sierra, por lo general, prefieren realizarlas entre el crepúsculo y el amanecer, pues al no estar constituidos, como las razas oscuras, para vivir en climas muy cálidos, son más susceptibles a la fiebre cuando están apostados en las llanuras arenosas durante el calor del mediodía; y si, por casualidad, encuentran sandías en su camino, las devoran con tanta ansiedad que de seguro caen víctimas de diversos malestares, como disentería, fiebre ondulante o intermitente, etc.

En Chile, la naturaleza adopta un aspecto diferente al que tiene en el Perú y Bolivia, allí, sin embargo, como en estos países, el año se divide en húmedo y seco, el *invierno* y el *verano*. Pero en Chile, a diferencia del Perú y Bolivia, llueve, como en Colombia y en la República del Ecuador, durante la misma estación en la sierra y en la costa. En la parte sur de esta República, a unos 40° latitud sur, las lluvias son más fuertes, y de mayor duración, que en el extremo norte, que se une al gran desierto de Atacama. En la costa de Chile se experimentan fuertes vendavales, mientras que solo ligeras y suaves brisas refrescan la costa del Perú.

Durante el verano, en la capital de Chile, se siente muy fuertemente el sol al mediodía y es indispensable resguardarse de los riesgos de una insolación; igual como ocurre en Lima en el mes de mayo cuando las mañanas y noches son frescas y nubladas, pero el mediodía es tan caluroso que se ha vuelto proverbial. En esta estación, los limeños mayores y más precavidos advierten a los niños y otras personas de que se guarden del sol con estas palabras: “*Quítese de este sol que madura duraznos*”, una frase usada, probablemente, en referencia al modo en que se madura la fruta de varios tipos en Lima: dejándola en un invernadero. Entendemos que esto se hace, sobre todo, para impedir que los pájaros se coman la fruta, lo cual no dejarían de hacer si se dejara madurar en el árbol de forma natural. La chirimoya es la fruta que más frecuentemente se abriga.

En julio y agosto, la nieve, a veces, cae alrededor de Santiago, donde el nativo de Lima que visita esta capital chilena se sorprende particularmente con el aspecto novedoso de los naranjos en los *patios* de las casas: se doblan por el peso de la fruta y la nieve congelada y las hojas verdes forman un contraste notable con los cristales destellantes como el jardín de piedras preciosas de los incas.<sup>7</sup> Rara vez llueve en los valles, pero en el invierno de 1834, como nos dijeron, un correo y su caballo perecieron en la nieve del camino entre Santiago y el puerto marítimo de Valparaíso,<sup>8</sup> donde llueve mucho en los meses de junio, julio, agosto y septiembre. Pero, durante la estación seca, el cielo en general es claro, y el clima es saludable y agradable aunque a veces está nublado por la mañana.

Al dar una descripción del clima y el avance de la vegetación en la costa de las provincias medias de Chile, se dice con sólida autoridad que:

- 
7. Los incas tenían un jardín en las cercanías del Cuzco donde todos los árboles eran de oro y plata, y los frutos y hojas de piedras preciosas.
  8. Valparaíso es llamado, a veces, valle del Paraíso, sin embargo no hay nada parecido al paraíso en Valparaíso y sus alrededores. Se ha dicho que el valle del Eliseo de Quillota, a una distancia de unas cuantas leguas, es el paraíso al que alude esta denominación, que es una corrupción de Va-al-Paraíso. Este es el camino al paraíso, a saber, Quillota.

[...] la estación lluviosa, como se ha mencionado comienza en mayo, y siguen hasta octubre, las lluvias más fuertes ocurren en junio y julio. Después de unos cuantos días de lluvia, hay un intervalo de buen clima durante al menos una o dos semanas; y la cantidad que cae durante la estación es pequeña, variando de 12 a 16 pulgadas. En verano, la atmósfera es excesivamente árida, y hay poco o nada de rocío. La temperatura al mediodía, en plena estación lluviosa, es generalmente de 60 °F (15°5'C), en la noche y rara vez baja a menos de 40 °F (4°4'C), aunque ocasionalmente ocurre alguna helada. En verano, el termómetro al mediodía se mantiene entre 70° y 75 °F (21°1' y 23°8'C), pero durante la noche, en clima despejado, frecuentemente cae más de 20°F (-6°6'C).

Durante el final del verano, la vegetación está casi adormecida, y apenas si se ve florecer alguna planta de cualquier tipo, pero en unas pocas semanas, tras las primeras lluvias, todos los rincones del país están cubiertos de verdor.

En el sur de Chile, las lluvias fuertes hacen el camino casi impracticable, y como la vegetación no crece tan rápidamente allí como en el norte, uno (*el naturalista*) puede herborizar en octubre, noviembre, diciembre y enero.<sup>9</sup>

Tenemos el placer de poder ofrecer las siguientes observaciones sobre las vicisitudes atmosféricas y los miasmas con el fundamento de sus efectos en la generación de enfermedades entre los habitantes de Santiago de Chile, tomadas de un trabajo en castellano publicado en el año de 1828 por el doctor William C. Blest,<sup>10</sup> a quien, pese a ser inglés, el gobierno de Chile confirió los máximos honores profesionales, al nombrarlo para el puesto de protomédico que ocupa con mérito en esa República.

El doctor Blest, empeñado en llamar la atención de aquellos funcionarios que dirigen los destinos de la República, hacia el estado de descuido de su policía municipal dice sobre Santiago que:

---

9. Véase “Carta de Alexander Cruickshanks, Esq... al profesor Hooker”, inserta en parte IV, de la *Botanical Miscellany*, marzo 1831.

10. Blest 1828. Se toma el original en castellano correspondiente a la traducción realizada por Smith. Se ha preservado la ortografía del original (N. del T.).

Las calles, á excepción de unas pocas, están mui mal empedradas , ó solo tienen por todo pavimento la blanda tierra: las acequias, sin duda destinadas en su orijen á refrescar y limpiar la ciudad, son ahora receptáculos de toda clase de inmundicias, y no teniendo salida cómoda, mueren al derredor de la población en infeccionados charcos, eternos laboratorios de putrefacción. Las calles atravesadas permanecen en tan reprensible abandono, que es imposible marchar por sus veredas sin tropezar con asquerosas suciedades.

Los suburbios en que reside la clase mas pobre y numerosa de la comunidad, se hallan tan cargados de basura y lodo, que es difícil transitarlos aun á caballo. En casi todas las calles hai estrechos cuartos habitados por los artesanos y sus familias , donde no es raro encontrar siete ú ocho personas amontonadas con perros y gatos, que satisfacen allí mismo todas sus naturales necesidades, y sin otro conducto para alumbrar y ventilar este hato que las solas puertas.

Tal es el verdadero retrato de la policía de Santiago. Para convencer al curioso lector de su exactitud, nos referiremos á, las acequias de las calles y casas, á esos montones de materias en putrefacción en las calles atravesadas, á esos hondos barrizales y pantanos, y á esos aislados y encerrados aposentos que habita la clase trabajadora y pobre.

\* \* \*

Es demasiado y jeneralmente sabido que en todas las estaciones del año y por varios consecutivos dias de cada semana, las acequias interiores de las casas se hallan tan completamente obstruidas por la acumulación de animales muertos y materias vegetales, que cierran enteramente el paso á la menor cantidad de agua. Las calles atravesadas y muchas de las principales, no son menos inmundas, por lo que un extranjero que visita á Santiago, podría creer que es la población más sucia de la América del Sur.<sup>11</sup>

Una triste esperiencia, principalmente en los últimos tiempos, ha enseñado que la descomposición de las materias organizadas, ya sean animales ó vegetales, causada por el calor y la humedad, despide ciertos

---

11. Por haber sido escrito en 1828 se ha de suponer con justeza que, como la higiene general en Chile ha sido enormemente mejorada desde esa época, los males aludidos aquí por el doctor Blest pueden haber desaparecido (Nota de Smith al texto de Blest).

efluvios, cuyas propiedades son sobre manera perjudiciales á la salud del hombre. Las pruebas de esta verdad las encontramos en los escritos de una multitud de autores médicos. Afortunadamente para los habitantes de esta ciudad, el estado de su atmósfera no obra tan activamente sobre las materias en putrefacción, que pueda causar aquellas epidemias que cosechan tantos millares de vidas en varias partes de España, Norte América, India, Méjico, Panamá, Vera Cruz<sup>12</sup> y otras muchas rejiones de ambos mundos.

A no ser asi, las campanas tocarían diariamente el triste doble de la muerte, y las casas serian melancólicos teatros de llanto y de dolor. Pero aun cuando no sea tan activa aquí la influencia de la atmósfera sobre las materias putrefactas, es innegable que ejerce su acción maligna sobre la salud, y que causa las disenterias, typhos y otras fiebres que aparecen en ocasiones epidémicamente. En verdad, á alguna causa de esta naturaleza debemos atribuir las violentas y fatales disenterias que tanto prevalecieron en el año de 1826, y que se han repetido en los meses de abril y marzo del presente: esa molesta especie de fiebre puerperal que atacó á tantas mujeres recién paridas en los principios de 827, y los typhos (ó chabalongos) que abundan casi tódos los años.

Raciocinando según el principio jeneralmente reconocido, de que el aire caliente ocasiona mas exhalaciones en los cuerpos que el aire fresco, y según lo que sabemos que influye el calor de verano en otros países, deberiamos suponer que las enfermedades ocasionadas por les efluvios, serian aquí mas jenerales en verano que en invierno; pero el conocimiento que tenemos de este clima nos sujiere la opinión contraria.

Aquí en el verano la atmósfera es uniformemente limpia y clara, y las exhalaciones que se levantan no encontrando nubes ó nieblas que impidan su ascenso, se desparraman con facilidad por el grande espacio, y se mezclan con los otros cuerpos de la atmósfera. Sucede lo contrario en el

- 
12. Según Humboldt, la finca de Encierro, cerca de Veracruz, a 3043 pies sobre el nivel del mar es el límite superior del vómito o fiebre amarilla; y se ha observado que los extranjeros que llegan por mar y, por tanto, pasan por un cambio gradual de temperatura atmosférica, son menos susceptibles de contraer la fiebre amarilla que los blancos y mestizos que habitan la meseta de México (donde la temperatura media es de 60° o 62 °F), cuando bajan en la estación lluviosa al puerto de Veracruz. Las lluvias comienzan en mayo y terminan en octubre, cuando los *nortes* (vientos del norte) aparecen, y durante el predominio de estos vientos la fiebre amarilla o vómito desaparece (Nota de Smith al texto de Blest).

invierno. El calor del sol es siempre mui considerable, ó al menos suficiente, para estraer de esas acumuladas inmundicias los vapores nocivos con que las ha impregnado la putrefacción: al fin del dia esos vapores encuentran con las nubes que nos rodean, y con el aire frió de la próxima noche, y consiguientemente son precipitadós á la tierra, y echados por la brisa nocturna al interior de las habitaciones. He aquí una juiciosa y fundada razón para que las enfermedades prevalezcan mas en el invierno que en el verano j y juntando en nuestras meditaciones esta circunstancia con la mala ventilación de que gozan las habitaciones de las clases pobres ( á que debe obligarles su propia pobreza careciendo del socorro de fogones<sup>13</sup>, (\*) y vestidos ó cobijas ) percibimos la causa por que en esa estación sufren mas enfermedades los pobres, que aquellos que pueden con el dinero guardar mejor sus casas de los rigores del invierno, sin contrariar al mismo tiempo su salubridad.

La jeneralidad de las jentes perdiendo de vista las mudanzas atmosféricas, atribuyen la disminución de las fiebres esporádicas en el verano al mucho uso de las frutas de esta estación.

No negaremos que el uso de las frutas mejora considerablemente la salud de aquellas personas que en el invierno y primavera se han mantenido con alimentos fuertes y estimulantes, propios á perjudicar las funciones de la dijestion. Pero estamos mui distantes de conceder al uso jeneral dé las frutas el asombroso beneficio que se supone jeneralmente. Sabemos que en otros países igualmente abundantes dé frutas como Chile, pero ménos\* favorecidos con un clima tan benigno, las enfermedades de carácter epidémico reinan mas en verano que en invierno. Por otras muchas razones que seria superfluo detallar, nos creemos justificados

- 
13. El traductor [Smith] entiende que chimeneas y cocinas se han vuelto habituales en las casas de las clases superiores de Chile; sin embargo, los que todavía carecen de estas comodidades hacen uso de los anticuados braseros o cuencos de carbón. Con estos, aunque la gente puede calentarse las piernas si lo desea, aún sus espaldas y hombros sufren el frío, pues el calor de un brasero no basta para generar un grado adecuado de temperatura general en el aire del aposento en que está situado. Estos recipientes fueron justamente denunciados por el doctor Blest por ser muy inadecuados e incluso peligrosos en las viviendas cerradas y mal ventiladas de los pobres. El signo (\*) corresponde a una nota original de Blest que dice: "Regularmente suplen esta falta con los braseros, que son doblemente perjudiciales en esas habitaciones cerradas, así por el tufo que despiden el carbón como por el aire que consume o descomponen" (Nota de Smith).

de disentir en este punto de la opinión pública, y autorizados para atribuir la disminución de esas enfermedades en dicha estación, á causas mas conformes con la filosofía médica, á saber: el benéfico estado de la atmósfera en verano ; el ejercicio corporal que hacen todas las tardes de esta estación las clases de la comunidad, y la buena ventilación de que gozan, permaneciendo casi siempre con las puertas abiertas, y aun durmiendo muchos al aire libre.